

La pregunta

(Sobre la elección de carrera)

FRANCISCO BENÍTEZ CASTRO

Si tenemos la suerte, si tenemos el honor, de que un adolescente, estudiante de B.U.P., confíe en nosotros y nos pida consejo porque "no sabe qué carrera universitaria elegir", nuestro primer descubrimiento es que nuestra perplejidad no sólo iguala a la suya, sino que la supera.

¿Por qué? Si somos avisados eliminaremos cualquier coartada, y se presentará desnuda la certeza absoluta que nosotros podemos equivocarnos. Tanto o más que él. Con menos excusas que él, pues se supone que la edad debe de aportar una presunta sabiduría, que ante cualquier interrogante serio, tiene la portentosa facultad de esfumarse.

Atónitos pues, incapaces, vamos a hacer un mutis para no quedarnos en los calzoncillos blancos de descubrir que el paso del tiempo no nos ilumina tan forzadamente como deseamos. Tosamos, carraspeamos, y dejémonos engañar por la idea de "vamos a estudiar un poco al chico" a ver si se nos ocurre algo.

Al joven esa decisión le preocupa. ¿Por qué? Porque supone que esa elección va a determinar una forma de vida que va a excluir todas las demás. Y para más Inri, durante toda su vida. Vista la cosa así su terror no sólo está justificado, sino, nos parece, que aún no se ha

aterrorizado lo suficiente: Imaginemos algunos casos: Profesor: Clase de la misma asignatura desde los 25 a los 65 años, lo más parecido a una pesadilla Kafkiana. Médico: Asistir durante dos horas a unos cuarenta enfermos hasta que se ponga enfermo el propio médico. Cualquier empleo relacionado con el derecho o la economía: Envejecer bajo los tubos fosforescentes de una oficina y bajo la artificial caricia del aire acondicionado entre visitas interesadas en la pasta y papeles confusos... Y para qué seguir.

Ante la pavorosa visión, cualquiera se estremecería si no se hubiese quedado antes congelado por el pánico. Pero ¡Oh milagro! una luz se divisa en tan tenebroso horizonte: Las cosas no suelen ser así o mejor dicho, las no cosas pueden no ser sólo así. ¿Por qué?

Afortunada o desafortunadamente, hoy en día el empleado que entraba en sólido banco de plumífero a los 20 ó 25 años, y salía de director de sucursal del mismo banco a los 65, tras una comida donde, sorbiendo unas lagrimitas, recibía una bandeja de plata junto a tres discursos, es una especie casi extinta.

Lo que se estilaba ahora es que el banco quiebre, o lo absorban, y nuestro hombre se quede en la calle. Tendrá que

encontrar cualquier otro empleo o quedarse en casa escribiendo octavas reales o practicando recetas de Arguñano. Para bien o para mal, la vida ahora está llena de cambios sincopados que zarandean al propio sujeto.

Así pues la permanencia, la estabilidad, en una actividad es simplemente poco usual. Eso le quita al sujeto ese sentido de seguridad que ha sido el motor que quizás impulsó a sus padres, y, si no los impulsó, peor todavía, porque entonces no cesarán de recomendarlo. "Tú, hijo mío, búscate algo seguro, y a vivir".

Ya no hay nada seguro. Casi la mayoría de los empleados conocen más de una empresa, muchos, más de una actividad distinta (se han reciclado); y otros tantos, disfrutan y padecen a su segunda esposa.

Esta falta de seguridad produce por un lado inquietud. Pero por otro lado tiene la función liberadora: Aparta un poco de la vida la sensación opresora de LO IRREMEDIABLE, le da carácter más abierto, en el sentido, que todavía nos esperan MUCHAS decisiones importantes en el ámbito profesional, y que la mera elección de la carrera, no es ni la única, ni la definitiva.

Con esto no pretendemos quitar importancia a esta decisión. Pero claramente queremos —protegidos por las conmociones de los usos y costumbres— quitarle el carácter agobiante. Y además, con este ambivalente descubrimiento, no hemos hecho sino empezar: También descubrimos que "a priori" debemos olvidar dos palabras "seguridad" y "certeza". Decidamos lo que decidamos nuestra vida será "insegura" en el sentido convencional del término. Y por otra parte, posiblemente vamos a equivocarnos gravemente, como poco, dos o tres veces. Así pues vamos a echar en nuestras alforjas, la inseguridad y el error, y, con esas provisiones, vamos a empezar andar. Ahora no nos preocuparemos ya tanto del camino, de la "carretera" (en sus dos sentidos). Vamos a pro-

ocuparnos de "los pasos" de "la meta".

2.- Para lo que yo puedo dar de sí, he estado magnífico. Y eso me da fuerzas, para fijarme un poco en la perplejidad del adulto que recibe la pregunta. Como en bastantes casos, y en más debería ser, es el abrumado padre. Vamos a fijarnos en el abrumado padre.

El padre, tras fingir pensar unos segundos, porque supone que esa pausa silenciosa invertirá sus palabras da una inmortalidad sacra, va y responde:

— Lo que tú quieras, hijo.

El hijo, en vez de quedarse admirado de la generosidad de su padre —que es lo que el padre espera— resulta que es un subnormal —para el padre— y se queda aún más perplejo.

Dejemos a los dos perplejos un momento. ¿Qué quiere decir el padre con su frase inmortal? Probablemente algo tan simple como esto: Mi hijo sólo hará bien lo que le gusta. Porque ahora los hijos están en plan rebelde. Y si hace bien cualquier cosa, triunfará, es decir ganará dinero. Es una manera muy fina de decirle que gane dinero, pero el hijo —el pobre— no lo capta.

No vamos a criticar por eso al abrumado padre. El abrumado padre quiere a su perplejo hijo. Quiere lo mejor para él. Pero lo mejor para él, lo suele ver en una retribución económica.

Por eso el padre no es anormal, es precisamente muy normal: Es simplemente el hijo de su época.

¿Y por qué piensa el padre en la retribución económica? Primero porque para él es un máximo valor, y para su hijo quiere lo mejor. Segundo, porque algún día dejará de pedirle dinero, que ya está bien. Un vecino suyo mantiene a su hijo de 35 años.

De esta frase inmortal pueden deducirse dos cosas: Que el padre quiere a

su hijo mucho, pues quiere darle algo que para él es símbolo de lo mejor. Que el padre considera que su hijo tiene la misma escala de valores que él, y coincide con él en "que es lo mejor". Esta presunta coincidencia es fruto de grandes sorpresas para el abrumado padre. Y no es culpa suya. Simplemente el amor enturbia la inteligencia.

3.- Pasemos ahora al perplejo hijo. Tiene que decidir. Tiene que decidir una respuesta importante. Pero, malignos y tortuosos, preguntamos: ¿Ha decidido el hijo ALGO antes? Siendo piadosos, vamos a considerar como un recuerdo histórico aquella época en la que desde la comida, el horario, la ropa, los amigos y el tiempo del hijo, eran sabiamente administrados por los padres hasta que el hijo iba al servicio militar, donde acababa de cabo gastador.

Pero ahora, ¿Cuántas decisiones importantes", es decir, que impliquen un derecho, un goce, pero al mismo tiempo una responsabilidad, un esfuerzo, han sido tomadas por el hijo? Más aún, cuántas han sido presentadas ante él, para que él desde pequeño se sienta un poco, sólo un poco, dueño de su pequeña vida? Es posible que veamos que sólo ha mandado en diminutos goces, sin esfuerzo alguno por su parte, que, generosamente, le hemos otorgado: Ha elegido la marca de sus zapatillas de deporte, la película que ver, y, para darle gusto, mamá ha puesto hoy huevos con patatas.

4.- Quizás al padre abrumado lo ilumine la sabiduría y responda: Te contestaré mañana. Y luego con humildad, sabiendo que tiene una idea confusa de los estudios de su hijo, coja todas las calificaciones escolares de la primera y segunda enseñanza, y papel y lápiz en mano, saque ante las principales asignaturas, a través de las notas, cuál ha sido la aptitud general de su hijo. O quizás, mejor aún, le diga al hijo que sea él mismo el que las deduzca.

De esta decisión, puede entreverse

una cierta facilidad del hijo para determinados temas, basada o bien en una aptitud natural, o en un afecto o amor a esa "rama del saber" para hablar como los clásicos. Pero eso no es lo importante. Lo que es importante es que ante una situación nueva (la pregunta del hijo) hay un ACTO NUEVO (análisis de las notas.) Ese rechazo a creer que la respuesta "ya se sabe" y que sólo hay que "pensarla" o "recordarla", es sustituida por una acción. La posición ante el problema ha cambiado de pasiva a activa. Por el padre y por el hijo. Eso es algo.

El análisis de las calificaciones puede ser iluminador. Pero no hay que ignorar que el carácter de un profesor puede matar el gusto por la asignatura del niño. Ni tampoco que la aplicación práctica puede ser muy distinta del estudio de una asignatura.

5.- Se nos ha colado en la plaza un toro corniveleto y cinqueño que nos va a cornear en la femoral: El que una cosa es el estudio, y otra la aplicación práctica de dicho estudio. Un caso ejemplar de esa dicotomía es la historia: Una cosa es la deleita del estudio de los avatares de la humanidad, el prodigio de sus logros, el dramatismo de sus cataclismos, la huella que nos dejaron los hombres y los hechos... y otra cosa muy distinta el ser profesor en un Instituto, dar unas clases a unos jóvenes a los que mayoritariamente la historia les importa un rábano, y aguantar a un ambiente escolar que lo mismo que, generoso y estimulante, puede resultar abrumador y mezquino. Otro tanto diríamos de las matemáticas y física, al lado de la tarea de un ingeniero a pie de obra, a quien más que Pitágoras, lo abruma la brega con los obreros, el suministro de los materiales y el plazo de terminación que se viene encima, y yo con estos pelos.

Para evitar esto, sería bueno que el perplejo hijo empezase a VER DE CERCA qué es lo que se hace día a día en el ejercicio de ciertas profesiones que pueden ser de su interés. La primera la de su padre, pues allí encontraría, como

poco, un contacto con la VIDA, similar en todas las profesiones, y ajeno a la asepsia de los libros. Habitualmente el abrumado padre suele esconder su actividad diaria: Teme que su hijo vea la humildad de su trabajo y lo humilde de su posición. En otros casos, su asombrosa soberbia le lleva a no mostrar su actividad a su hijo, porque es tan importante y sofisticada, que su perplejo hijo no se va a enterar de nada.

Ante el problema, reflexión, pero, sobre todo, ACCION. El abrumado padre se abrumará más mostrando el contenido de sus jornadas, y el perplejo hijo se quedará más perplejo. Pero se trata de que el hijo no se quede perplejo a los cuarenta años.

Esa actividad de hijo y padre, o de hijo sólo, de investigar el día a día de diversas profesiones tiene un buen campo de acción:

Los amigos o conocidos del padre.

Ante la solicitud del perplejo hijo, los amigos del padre se sentirán halagados. Después molestos: No les gustará mostrar su desnudez cotidiana y muchos saldrán corriendo. Acabarán viendo en el padre y el hijo una plaga bíblica. Pero sí, superando sus razones de ocultamiento —que son las del abrumado padre— se muestran generosos, quizás puedan iniciar un ciclo de mutua ayuda, del que sus hijos podrán ser beneficiados.

6.- Henos aquí, que hasta el momento después de haber pasado un par de días repasando calificaciones, y habiendo reducido considerablemente el padre su número de amigos, nos encontramos al perplejo hijo y al abrumado padre que nos preguntan: ¿Y del dinero qué?

Esa pregunta me ha irritado. Estoy por contestar que se informe el perplejo hijo de lo que ganan todos los amigos y conocidos del abrumado padre,

cuyas actividades laborales ya ha investigado el sagaz hijo. Sería una buena idea.

Pero no. No condenemos al abrumado padre a una soledad más severa aún que la de un anacoreta en la Tebaida, y que además tiene un hijo, investigador obseso, perteneciente a la Gestapo.

No. Seremos piadosos. Vamos a hablar de dinero. De mucho dinero. Pero permitidme que lo incluyamos dentro del ámbito más amplio de retribución.

En estas pobres páginas retribución es cualquier reacción (en sus más variadas formas) que un sujeto recibe por causa y a cambio de su trabajo.

La primera retribución que da el trabajo es el placer que de su ejecución, si es que da alguno. Es la mayor y la mejor. (Ya oigo decir al padre que este artículo no es serio). Con esa afirmación me desmarco del criterio del gusto de mi época. Además, afirmo, es más raro y excepcional que un sujeto reciba esa retribución, que gane dinero. Hay gente que trabaja y mucho, por nada. Y no les importa demasiado.

La segunda retribución, a diferencia de la primera, es común a todos los trabajos: Siempre da felicidad lo que aumenta la capacidad de obrar. Un tractorista que ha arado un besana, es más, que antes. Es todo lo que era antes, y además ha arado esa besana. Todo actuar da placer, de ahí mucha insatisfacción involucrada durante las actividades de actitud pasiva, en consumir. Hace crecer más arreglar un grifo, que comer una gran cena. No lo digo yo, lo dice, el cuerpo, lo dice el alma, que en silencio te musitan la frase: Tú has sido capaz de.

Ahora quedan dos formas de retribución que también son toros cornivelos, cinqueños, de orejas y rabo, o de comida de caballo. Son el reconocimiento de los demás (y a veces el cariño de los demás) y el famoso dinero.

A cambio de su trabajo mucha gente busca el reconocimiento de los demás (a eso le llaman triunfo) y otros, menos, el afecto de los demás, (a eso le llaman cariño). Estas retribuciones son más apreciadas que el dinero, más de lo que puede parecer a simple vista.

El reconocimiento de los demás es muy diferente del reconocimiento de uno mismo. Y que estamos hablando de toros, un torero me ha confiado que la faena de la cual estaba más orgulloso en una temporada, era una por la que no había cortado ninguna oreja, e incluso había sido silbado. El sabía que era más difícil estar digno con un toro imposible, que cortarle el rabo a una hermanita de la caridad.

Pero el reconocimiento de nuestros méritos por los demás, el elogio de los demás, es una droga dura. No creo que sea malo buscarlo. Ni bueno. Simplemente que él que lo busca sepa que lo busca. Y que busque el camino de encontrarlo. No voy yo a decir que es signo de inferioridad y que se busca, por inmadurez, el aplauso ajeno. Puede que sea así. Pero puede que se busque una constatación de una capacidad. Sea lo que sea lo que se busque, lo que no cabe es engaño: Se quiere ese reconocimiento. Se lucha por ello. Muchos, que no sé por qué, van de humildes por la vida, lo niegan de boquilla, mientras trepan como polillas furiosas por un abrigo viejo de visón.

Esos son falsos. Les da vergüenza lo que quieren. Sin embargo, Julio César, al pasar por un villorio camino del Rubicón, simplemente dijo: "Prefiero ser el primero aquí, que el segundo en Roma". Y fue el primero. Y en Roma. Y no fue ajena a su logro, esa radical sinceridad consigo mismo. Uno que dice eso, es capaz de cualquier cosa.

¿Cuando se quiere esa retribución, ¿cómo no fijarse en las profesiones que la obtienen en más alto grado? ¿Por qué no elegirías? ¿Por qué ignorar lo que cuesta y que puede fracasar?

Algunos en su profesión, quieren que los quieran. Pero que lo quieran a uno, depende simplemente de lo que uno hace "independientemente de que lo quieran o no".

Sus mejores cualidades, uno afortunadamente las ignora. Dejemos el amor en manos de lo mágico, y limitémonos al reconocimiento —si lo queremos— y, en todo caso, al respeto. Buscar el amor de los demás, es una magnífica manera de no darlo. Y si no lo damos, es que no nos interesa. Además no sé por qué hablo del amor, del que no sé una palabra.

El éxito y la gloria profesional son una retribución. A veces llevan consigo el dinero. Otras, no. Hay numerosos ejemplos de ambos casos. Por ambos hay que hacer un esfuerzo. El intentar lograrlas se puede fracasar. Fracasar clamorosamente. Lo que ninguna admite es que no se busquen con plena consciencia. Esa consciencia que debe habitar al que las busca.

Y ya llegó el dinero. Yo quiero que por mi trabajo me paguen. Me paguen mucho. Lo prefiero a las medallas, a las cenas homenaje, a la ovación cerrada, a la vuelta al ruedo.

Yo quiero dinero. Yo quiero dinero. Yo quiero dinero.

Muy bien. Todo el mundo quiere dinero. Para sobrevivir, por lo menos.

— Pero ¿Cuánto dinero quieres?

— Para vivir.

— ¿Pero cómo quieres vivir?

¿Con cuánto dinero quieres vivir?
¿Un millón al año, dos, tres, cuatro, cinco, diez, o el máximo posible?

Muy bien.

¿Qué estás dispuesto a dar? ¿Tu jornada laboral? ¿Más que la jornada la-

boral? ¿En un tipo específico, elegido por ti, de trabajo? ¿En cualquier tipo de trabajo?

Hay profesiones que se gana poco. En otras se gana más. Pero eso no es seguro. Quizás dentro de diez años los notarios ganen menos que un taxista, como ahora hay ingenieros de conserjes.

Por otra parte, en el mundo de los negocios, quizás sea más fácil. Un pequeño tendero puede ganar más que un médico. Un fontanero más que un funcionario.

Pero hechas estas salvedades, si uno respeta la legalidad, no se miente a uno mismo respecto a sus fines, y no miente a los demás, ¿Por qué no ganar más dinero?

El dinero se compra con esfuerzo y tiempo. Como todo. Ahí están las profesiones más lucrativas. Como son las vueltas al ruedo, sólo es importante, que uno sepa, sepa de verdad, que lo quiere. Y por qué lo quiere. Y qué cuesta.

El problema de las retribuciones es que —salvo la segunda: la felicidad que da el aumento de la capacidad de obrarse pueden limitar unas a otras. Al que le apasione la cópula de los coleópteros, la adolescencia de Alejandro Magno, o escribir epitalamios y madrigales, puede que el dinero le ponga mala cara. También se la pondrá a un torero o un actor o un pianista mediano, que, por otra parte, puede disfrutar de más aclamaciones que un registrador de la propiedad que se morirá sin ninguna. Un gran empresario puede ser abucheado por sus obreros despedidos mientras se embolsa el ahorro de sus futuros salarios en una astuta reconversión de su empresa. Muchas veces un tipo de retribución excluye otro. Otras lo limita. De ahí surge una combinatoria en la que es inevitable una valoración personal de los tipos de retribución. Una elección. Un descarte. Se elige una retribución o una combinación de retribuciones. Y se paga con trabajo. El trabajo supone esfuerzo. Pero también

tiempo. Sobre todo tiempo. Tiempo: Se paga con trozos de vida.

7.- Como habéis visto, lectores supervivientes, definiendo que, en cualquier forma, se pida por el trabajo una alta retribución: Mucha satisfacción personal al hacerlo, mucha gloria, mucho dinero... o mucho de los tres. ¿Por qué? Porque, a cambio se va a dar mucho. Ocho horas diarias útiles, que, si consideramos el tiempo de sueño, comidas y transporte, son algo muy valioso. Damos lo más valioso que tenemos: Nuestro tiempo. En un cortijo andaluz había un azulejo. Esta vez no contenía uno de esos refranes ASNALES a los que son tan dados los ceramistas. Este decía: "Soporta a un amigo que te robe dinero, pero no al que te robe tiempo". No es mala frase. Tiempo es lo único que tenemos. No sabemos cuanto tiempo vamos a vivir. Al tiempo lo hace brillar una actividad querida. No digo amada. Digo querida, elegida, nuestra. Ese tiempo luce. Hay otro tiempo, el tiempo en una cola, en una espera en el aeropuerto... ese tiempo se padece. El otro se goza.

El tiempo que vamos a dar a la profesión no es poco, porque es nuestro. No tenemos tanto. Esa idea, junto con la de profesión forman los elementos de dos hipótesis fantásticas.

Una es el "eterno retorno". Vamos a vivir infinitas veces la misma vida. Todo acto que hagamos lo haremos infinitas veces.

Tal supuesto es la hipótesis de la propuesta ética de Nietzsche: Vivamos como si al elegir un acto estaremos continuamente condenados a repetirlo. Obviamente cada uno tiene actos en la propia vida, que, de poder rectificarnos, lo haría. También lamentables omisiones, que de repetir la vida llenaría más con actos. También actos magníficos que uno repetiría una y mil veces. Esta hipótesis fantástica puede ser una buena ayuda para elegir, una profesión, o cualquier cosa. También para rectificar. En una profesión o en cualquier cosa.

Otra hipótesis fantástica: Esta vez es un juego lúgubre: Uno morirá dentro de dos años. Tiene un dinero sólo para sobrevivir. No se tolera la inactividad. Hay que hacer algo ¿Qué se haría?

Con estas suposiciones sólo se pretende acentuar el altísimo valor de una hora feliz, un día feliz, un año feliz, por el ejercicio de una actividad elegida. Sólo tenemos nuestro tiempo. De él, la vida y nosotros podemos hacer una condena perpetua, o un regalo que, generosos, nos hacemos a nosotros mismos.

8.- En el análisis de cualquier actividad existen, además del sujeto, el objeto sobre el que se trabaja y el medio con el que se trabaja. Los objetos pueden ser los hombres, las cosas y las ideas. Los medios -aparte de la inteligencia- pueden ser las manos, el cuerpo, y los lenguajes. Entre los lenguajes entiendo la palabra oral, la palabra escrita, los números, los dibujos, la música...

Es conocido que a algunos sujetos les da miedo tratar con hombres, los tímidos, por ejemplo. Prefieren tratar con cosas, intervenir en la fabricación de cosas. O quizás trabajar con ideas, por ejemplo, un matemático. A otros, los hombres les apasionan: un psicólogo, un médico, un relaciones públicas. A otros les repulsa el tratar con dinero (cosa e idea a la vez), a otros les encanta.

Dado que cualquier actividad toca personas, cosas e ideas, el saber cuál de las tres opciones es más del gusto, de la sensibilidad del elector, puede ser una pista mejor que las denominaciones arbitrarias o inútiles de las carreras universitarias. Hay naturalmente profesiones que abarcan más de un campo, pero dentro de ellas hay claros sectores de predominio. Un enfoque comparativo del objeto de la profesión y del carácter del individuo puede no ser una pérdida de tiempo. Sobre todo si el que lo hace es el propio sujeto.

Existen también los medios: Hay gente que ama o es hábil, o ambas co-

sas, trabajando con las manos: el electricista, el cirujano, el joyero. El desprecio absoluto existente hoy al trabajo manual ignora la abundancia de satisfacciones que este "per se" depara. Quizás la producción en cadena ha asesinado esa satisfacción. Pero sería un gran error pasar por alto el enorme placer que nos concede el uso de las manos.

El otro medio más usual es el lenguaje: El empleo de la palabra o de los números. Hay gente con el don de la palabra y que son incapaces de dividir. Escritores magníficos incapaces de articular palabra en público. Grandes calculadores que se expresan en monosílabos. Las bellas artes son otro lenguaje que excluye muchas veces a la palabra. Siempre la persona tiene un canal por el que se expresa mejor: Ese suele ser el camino de su desarrollo.

9.- En un trabajo hay una relación con los demás. Esta puede ser una relación "independiente" (entre comillas siempre), de igualdad, de inferior, de superior. Estas diferentes posiciones en la situación atraen o repelen a las diferentes personas, lo que se puede identificar con una observación atenta y mucho mejor, con un poco de autoobservación.

La preferencia a la independencia puede dar a entender una mejor adaptación al ejercicio libre de la profesión. Su espíritu de equipo, la adaptación al trabajo dentro de una organización.

El gusto por el mando, y por la responsabilidad del mando, y la tendencia a no ser mandado, pueden ser datos muy a tener en cuenta en el ejercicio de las actividades profesionales.

10.- Uno trabaja sobre un objeto, con unos medios y en una situación jerárquica. Pero también trabaja en un entorno. A un médico puede encantarle la psiquiatría pero repugnarle el psiquiátrico. A un ingeniero, la fábrica. A un amante de la literatura puede abrirle las

carnes el hábitat de una oficina. El espacio físico en el que se trabaja y las cualidades de la gente con las que se trabaja (educación, cultura, edad, estado...) no son detalles diminutos, sino condiciones, a veces, severas del desarrollo de una actividad. Hay espacios muy determinantes de agrado o rechazo: Una fábrica, una enorme e impersonal oficina, una oficina familiar raquítica, un hospital, una escuela: Establecimientos de estructura definida, peso específico, y con una personalidad tan propia y firme como un cuartel o un convento.

11.- Tenemos pues el abrumado padre y al perplejo hijo. Tenemos que la pregunta ¿Qué carrera estudiar? la hemos dejado sin respuesta. Tenemos que lo que hemos hecho es ponerlos a trabajar: investigar el ejercicio de actividades, investigar la calidad de las retribuciones. Es decir una investigación exterior y una investigación interior.

Esto sin contar con la actitud expectativa, de poner las antenas, ante campos que para ellos, para mí, son aún desconocidos. A un estudiante que acabó el Bachillerato en 1960 le era casi inconcebible estudiar expresión corporal, oceanografía, técnico de imagen, o director de zoo. Y ahí están esas profesiones. Y hay otras que desconocemos. La Universidad va a remora de la vida. Antes era su avanzada.

Delante de nosotros el estudiante perplejo: Queremos que siga en su perplejidad, que investigue la vida y que se investigue él mismo. Sobre todo que no se fie demasiado de la reflexión. Que se fie de su hacer.

Y, aterrado, ante el tono lírico magistral que voy tomando, punto final.

Sigamos ahora, conmovidos, al abrumado padre, que va a ponerle una vela a la Virgen del Mayor Dolor.